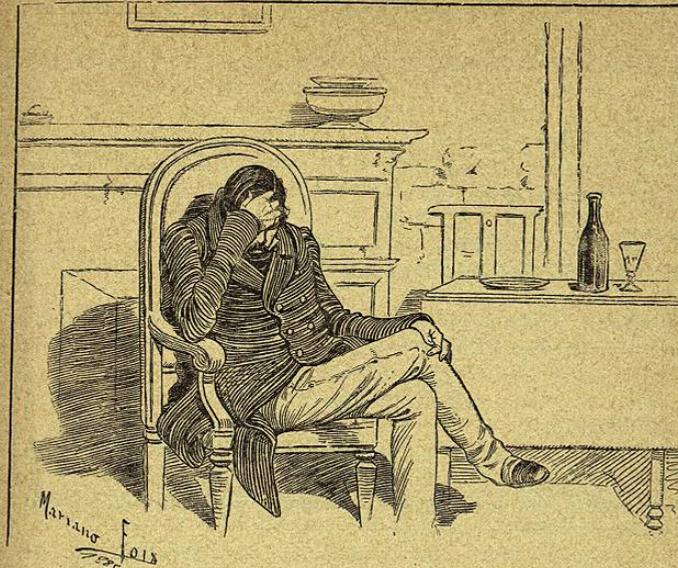


¿No parecía esto inverosímil? Arturo había tratado siempre de granjearse la confianza de la joven recordando la diferencia de sus respectivas edades, haciendo presente que él comenzaba á ser viejo; pero tal vez no le había parecido así á la niña Dórrit. Clennam conservaba las dos cartas de la joven en una caja que contenía otros papeles, y lo primero que hizo fué volver á leerlas detenidamente. Entonces, parecióle oír la dulce voz de la que las había escrito, con inflexiones llenas de ternura, á las cuales no era en rigor imposible dar otro sentido; y también recordó algunas frases de la niña Dórrit, cuya significación hubiera podido ser distinta de lo que él creyera en un principio. Arturo pensó luego en el estado de su propio corazón, y en su repugnancia á creer que amara á nadie, recordando que consideraba ya todas sus esperanzas juveniles como ilusiones del pasado, y que siendo ya viejo, en su opinión, debía renunciar á los amores.

Dos golpes dados en la puerta interrumpieron la meditación de Arturo cuando ya comenzaba á obscurecer: eran los esposos Plornish, que iban cargados con una cesta bien provista de un surtido de todos los comestibles que sus parroquianos se apresuraban á comprar, sin darse nunca prisa para pagarlos. La señora Plornish lloró un poco al ver al preso, y su marido hizo varias observaciones para consolarle, en lo cual le ayudó eficazmente su mujer, hablando de su padre, el anciano Naudy, de la niña Dórrit y de Juan Bautista, que estaba ausente, ocupado en la misión confidencial de que le había encargado Arturo.

Plornish, que era hombre muy lacónico, puso término bien pronto á los discursos de su mujer, haciéndole observar que Clennam parecía estar muy triste y preocupado, y los dignos esposos se retiraron, deseando toda clase de consuelos al cautivo.



## CAPITULO XXVIII

**Visita oficial**

La opinión pública no mejoraba en favor de Clennam fuera de la prisión, ni tampoco dentro, pues no se hizo amigo de los que se hallaban allí: demasiado abatido para mezclarse con los presos que se reunían en el patio á fin de olvidar juntos sus penas, permanecía encerrado en su habitación, y todos desconfiaban de él. Los unos decían que era demasiado orgulloso; los otros le tachaban de rudo y taciturno, y no pocos le despreciaban, calificándole de hombre sin valor para sostener el peso de sus deudas.

La cautividad no tardó en ejercer su influencia en Clennam, que se dejó dominar poco á poco por la indolencia; evitando en cuanto le era posible la mirada de los demás, procuraba al mismo tiempo no interrogarse á sí mismo; y siempre preocupado por su triste situación, se desmejoró rápidamente.

Cierto día, á los dos meses y medio de hallarse en la prisión, oyó llamar á su puerta, levantóse para abrir, y vió que era el joven Fernando Barnacle, agregado á la secretaría del ministerio de Circunlocuciones.

—¿Cómo está usted, señor Clennam? Espero que mi visita no le importunará; sin duda le sorprende á usted verme aquí.

—Mucho, lo confieso.

—Pero no desagradablemente, ¿eh?

—De ningún modo.

—Siento mucho que se vea reducido á vivir aquí temporalmente; mas espero que no tendremos la culpa nosotros, los del ministerio de Circunlocuciones.

—Yo no tengo ningún derecho á culpar de mis reveses á esas oficinas.

—Me alegro mucho, pues temía que hubiésemos contribuído á que le trajeran aquí, porque algunas veces somos causa involuntaria de que algunos vengan á esta prisión, cuando llegan á molestarnos mucho.

—Eso quiere decir que están ustedes allí para que todo el mundo los deje tranquilos.

—Precisamente; usted ha puesto el dedo en la llaga; nuestro ministerio no tiene otro objeto; se llenan ciertas formalidades para cubrir las apariencias, y punto concluído. He aquí por qué me alegro que no tengamos la culpa de hallarse usted alojado en este sitio temporalmente; y ahora le diré que el objeto de mi visita es darle un consejo amistoso. La primera vez que ví á usted, al comprender que se proponía no dejarnos en paz, y conociendo que no era hombre experto (dispénsese la palabra,) le hablé ya francamente y sin rodeos, insinuándole, aunque no estaba en mis atribuciones hacer esta advertencia, que mejor sería que buscara otro pasatiempo. Usted no quiso creerme y ha preferido molestarse; pero créame usted, no vuelva á comenzar de nuevo, porque perdería su tiempo inútilmente.

—No es probable que tenga ocasión de molestar á ustedes más.

—¡Oh! no lo crea usted, pues un día ú otro saldrá de aquí, porque todos salen; y cuando esté usted fuera, no olvide mi consejo, ni vuelva á poner los pies en nuestras oficinas; se lo recomiendo por su propio interés.

—Pero, ¿y el invento?

—Amigo mío, dispense usted mi franqueza al asegurarle

que nadie se cuida de conocer su invento, ni se encontrará tampoco quien dé un cuarto por saber cuál es.

—Sentiría mucho tener que creerlo así, porque sería un mal para todo el mundo.

—No dude usted lo que yo le digo; lo que el mundo quiere, así como nosotros, es que se le deje en paz; la experiencia se lo demostrará á usted lo mismo que á mí.

Así diciendo, el joven Barnacle se levantó para despedirse; pero al dar la mano á Clennam, preguntóle con cierto interés:

—¿Es verdad que el difunto Merdle, nuestro malogrado colega, ha sido la causa de que se halle usted aquí?

—Soy una de las numerosas víctimas cuya ruina ha ocasionado.

—A decir verdad, era un famoso bribón, pero sumamente hábil; debemos hacerle esta justicia; conocía bien á su gente y la engañaba de un modo admirable. ¡Qué escamoteador tan diestro!

—Espero que el desgraciado fin de ese intrigante servirá de lección á los demás.

—Mi apreciable señor Clennam—repuso el joven Barnacle sonriendo,—siento mucho que sea usted tan cándido; el primer petardista que tenga el talento y la destreza del difunto Merdle hará lo mismo que él; no le quepa á usted la menor duda. ¡Vamos! que usted lo pase bien; espero que cuando volvamos á vernos el sol habrá disipado esa nube de tristeza que parece rodearle. No dé usted un paso más, que ya sé el camino. ¡Adiós!

El joven Barnacle bajó la escalera tarareando el aria de una ópera, montó en su caballo, que le esperaba en el patio exterior, y alejóse rápidamente.

En la escalera debió cruzarse con el señor Rugg, porque éste llamó un minuto después á la puerta de Clennam.

—¿Cómo está usted, caballero?—preguntó el legista,—¿puede hacer algo en su favor?

—No; muchas gracias.

—Paso todos los días por aquí—dijo Rugg,—á fin de saber si se ha presentado algún nuevo acreedor moroso para hacer valer sus derechos contra usted; le aseguro que no faltan; ya tenemos bastantes en campaña. Y á propósito, ¿sería este momento oportuno para hacerle una observación?

—¡Por qué no! Tanto da ahora como mañana.

—¡Hum!... la opinión pública se ha ocupado mucho de usted, caballero.

—No lo dudo.

—¿Y no sería conveniente hacer algo en obsequio de la opinión pública? Casi estamos obligados á ello.

—Yo no puedo rehabilitarme en esa opinión, señor Rugg, ni tengo derecho á esperarlo.

—¡Vamos, señor Clennam! muy poco le costaría pedir que le trasladasen á la prisión de King's-Bench, y siendo eso tan fácil...

—Me parece que usted mismo me ha dicho, cuando le manifesté mi resolución de venir aquí, que esto era cuestión de gustos.

—Ciertamente, caballero; pero debo recordarle que su quiebra no es asunto de poca monta, y que la hace usted perder su importancia dejándose emparedar en esta sucia prisión, donde se encierra un hombre por una mísera bancarrota de algunos pocos reales; lo cual es en mi concepto tener muy mal gusto, y hasta poco espíritu de dignidad. Su quiebra ha hecho ruido; pone en evidencia á los que están encargados de llevarla á buen fin; y por lo tanto yo me hallaría en mejor lugar frente á mis colegas y mi clientela si usted consintiese en mudar de prisión. Advierta, no obstante, que no trato de influir en su ánimo, y sólo le doy un consejo.

—Mi resolución es siempre la misma y nada la cambiará, por lo cual le ruego que no me hable más del asunto.

—Está bien—contestó Rugg, algo picado;—reconozco que mis funciones no me autorizan á importunarle más tiempo sobre este asunto; pero no puedo menos de decirle que es indigno de un verdadero inglés permanecer en la Mariscalía cuando nuestras gloriosas libertades le permiten habitar una prisión más decente. Hace un instante me hubiera complacido poder decir á un caballero de aspecto militar, que ha preguntado por usted y aún espera en la portería, que mi cliente no tiene intención de permanecer aquí y que se trasladará muy pronto á otro lugar más digno; pero un legista como yo sólo es una máquina y esto no debe importarle. ¿Quiere usted ver á esa persona?

—¿Dice usted que pregunta por mí?

—Sí, señor; se lo he dicho, aunque esto no entre en mis atribuciones; ese caballero oyó decir que yo era el agente de negocios de usted, y ha querido esperar hasta que yo terminara mi corta visita.

—Seguramente debo verle—dijo Clennam con aire de cansancio.

—¿Me autoriza usted, pues, para darle esta contestación?—preguntó Rugg con cierta ironía.

—Sí.

—Muy bien, caballero; será usted servido.

Y el legista se retiró con expresión de enojo.

El caballero de aspecto militar había despertado tan poco la curiosidad de Arturo á causa del estado de su ánimo y de sus sombrías preocupaciones, que casi había olvidado ya la visita anunciada, cuando oyó un rumor de pasos en la escalera. Hubiérase dicho que el visitante hacía mucho ruido expresamente con la intención de molestar, y Clennam se preguntaba ya quién podría ser; pero de pronto un puñetazo aplicado á la puerta abrióla de par en par, y en el umbral apareció Blandois, aquel mismo hombre que tanto había inquietado al preso.

—¡Salud, compañero de cárcel!—exclamó el recién llegado;—parece que deseaba usted verme; aquí estoy.

Antes que Arturo, indignado y sorprendido, tuviese tiempo de contestar, Cavalletto penetró en la estancia, y detrás de él Pancks. Ni uno ni otro habían visitado la prisión desde que Clennam estaba allí: Pancks, con sus resoplidos de costumbre, deslizóse hacia la ventana, puso su sombrero en el suelo, y cruzóse de brazos, como hombre que descansa después de un largo día de trabajo. Cavalletto, sin separar la vista de su antiguo compañero de cárcel, á quien tanto temía en otro tiempo, sentóse en tierra, apoyando la espalda en la puerta, pareciendo más bien un perro vigilante que un hombre que tiene miedo.

—Ahí tiene usted dos imbéciles—añadió Blandois,—que me han dicho que deseaba usted verme. Vamos, ya me tiene usted aquí.

Y apoyándose en un mueble, con las manos en los bolsillos, y sin descubrirse, Blandois dirigió á su alrededor una mirada desdeñosa.

—¡Pájaro de mal agüero!—exclamó Arturo,—¿por qué ha hecho usted recaer una horrible sospecha sobre la casa de mi madre? ¿Qué le ha podido inducir á tan diabólica perversidad?

—¡Escuchen ustedes á este noble caballero!—replió Blandois, soltando la carcajada.—¡Que vengan todos á escuchar á

este hijo de la virtud! Pero cuidadito con esa viveza, amiguito, porque podría ser algo comprometedor.

—Señor—dijo á su vez Cavalletto á Clennam,—antes de comenzar, tenga la bondad de oirme. Usted me dió la orden de buscar á Blandois, ó Rigaud... ¿no es así?

—Es verdad.

—Empecé por buscar á mis compatriotas, y pedir noticias de los italianos últimamente llegados á Londres; después acudí á los franceses; y por último me informo entre los alemanes; pero nadie puede facilitarme el menor indicio sobre el tal Rigaud ó Blandois. En los círculos donde se reúnen los extranjeros tampoco se sabe nada de tal persona; pero cuando ya perdía la esperanza de encontrar á mi hombre, no sé quién me habla de un soldado de cabello blanco que se aloja en cierto sitio secretamente, y que después de comer sale á veces un poco para fumar su pipa. Se necesitaba mucha paciencia para encontrar este sitio, porque las señas que me daban eran contradictorias; mas al fin lo hallo; entonces me pongo en acecho, ocultándome lo mejor posible, y consigo por último ver á mi hombre: era efectivamente un militar de cabello blanco... pero el mismo individuo que está usted viendo ahora con caballo negro. Descubierta ya la pieza, escribo al señor Panco... (esta nueva forma de su nombre pareció regocijar á Pancks,) para que venga á prestarme auxilio; comenzamos á vigilar á nuestro hombre día y noche, y hasta hoy no hemos entrado en su casa; pero ya le tiene usted aquí.

Al terminar Cavalletto este relato, Clennam fijó una mirada en Blandois, que inclinándose un poco, como para indicar que le contestaba, castañeteó los dedos cinco ó seis veces y dijo después de una pausa:

—¡Ea, señor filósofo! ¿Me dirá usted al fin lo que quiere?

—Quisiera saber—replicó Clennam, **sin** tratar de ocultar la repugnancia que le inspiraba aquel hombre,—cómo osa usted haber dado lugar á que recaiga una acusación de asesinato sobre la casa de mi madre.

—¡Osar! ¡ja, ja! ¿Oyen ustedes esto? ¡Voto al diablo que tiene usted mucho atrevimiento, señor mío!

—Voy á desvanecer tan odiosas sospechas—continuó Clennam;—le llevarán á usted allí para que le vean; y también quiero saber qué motivo le ha llevado á esa casa la noche que tantos deseos tuve de arrojarle por la escalera. ¡Oh! inútil es que frunza el ceño, porque ya le conozco lo suficiente

para saber que es un fanfarrón y un cobarde. Esta triste estancia no me puede abatir lo bastante para impedirme que le diga lo que sabe demasiado bien.

Blandois palideció hasta los labios, y acaricióse el bigote murmurando:

—¡Voto al infierno! me parece, caballerito, que es usted algo comprometedor, y no respeta á su señora madre.

Después de vacilar un instante, Blandois fué á sentarse en una silla con ademán amenazador y dijo con el mayor desdoro:

—Que me suban una botella de vino, si es que la hay en este cuartel; á ver si uno de esos imbéciles me lo sube pronto, que yo no hablo sin beber. ¡Vamos! ¿sí ó no?

—Vaya usted á buscar lo que p'ide, Cavalletto—dijo Arturo con tono desdeñoso, sacando dinero del bolsillo.

—Y advierte que quiero Porto, maldito contrabandista—gritó Blandois;—yo no bebo otro vino.

Pero como Cavalletto manifestara con un ademán su intención de no moverse de su sitio, Pancks se encargó de la comisión y volvió muy pronto con la botella.

—Vamos, imbecil, un vaso—dijo Blandois.

Pancks obedeció, pero con el ademán de un hombre que hubiera preferido arrojárselo á la cabeza.

—¡ah, ah!—exclamó Blandois con tono fanfarrón—un caballero siempre es un caballero, ¡qué diablo! y presumo que tiene derecho á exigir le sirvan los demás.

Al decir esto llenó medio vaso y apuróle de una vez.

—¡Ah!—añadió encarándose con Clennam,—me parece, caballerito, á juzgar por su aspecto, que la cautividad moderará sus arrebatos; bien se ve que enflaquece por momentos. Pero hablemos un poco de negocios, pues me parece que es usted bastante suelto de lengua, aunque no goce usted de libertad.

—Soy bastante libre para darle los nombres que merece—repuso Clennam,—y bien sabe que aún he sido demasiado prudente.

—Con tal que añada usted que soy un caballero, poco me importa lo demás. Por más que usted haga, nunca pasará usted por un caballero; mientras que yo, jamás podré parecer otra cosa. Esta es la diferencia entre nosotros. Y ahora le diré que las palabras no pueden cambiar el valor de una carta ni un golpe de dados; supongo que ya lo sabrá usted, y